

hacen mal, aun cuando ellos piensan que hacen bien. Son como el gato que lastima al tiempo de hacer cariños. Así era el de Pelayo, que después que decía que me estimaba, parece que se empeñaba en enredarme ó afligirme; pues primero me pintó que la religión era una *Jauja*; y ya que estuve comprometido, me la representó como una mazmorra, desacreditándola por ambos lados.

Yo me despedí de él bien contristado, y casi casi ya estaba por retractarme de mis propósitos; pero la vergüencilla y este *qué dirán*, este *qué dirán* del mundo, que es causa de que atropellemos casi siempre con las leyes divinas, me hizo forzar mi inclinación, hacer á un lado mis temores y llevar adelante mi falsa intenciona.

En aquellos ocho días se prepararon todas las cosas necesarias para mi ingreso; se dió parte de él á todos mis amigos, parientes, conocidos, bien y malhechores, y de todos ellos recibió mi padre mil parabienes y mi madre mil enhorabuenas, que hacían por junto dos mil faramallas, que llaman políticas, ceremonias y cumplimientos, pero que no dejan todas ellas una onza de utilidad, por más que se multipliquen en número.

Mis padres se ocupaban en estos ocho días en recibir visitas y en disponer lo necesario para la entrada, y yo me ocupaba en andar con Pelayo despidiéndome de mis tertulias, no con poco dolor de mi corazón, pues

sentía demasiada violencia en la separación de mis pecaminosas distracciones.

Mi gran Pelayo se había propuesto avisar en cuantas partes íbamos de mis nuevos intentos y lo pronto que estaba mi noviciado. Yo le rogaba que los callara; mas á él se le hacía escrúpulo y cargo de conciencia el reservarlos, y como todas las casas que visitábamos eran de aquellos y aquellas que llaman de la *hoja*, me daban mis estregadas terribles, especialmente las mujeres. Una me decía: — ¡Ay! ¡qué lástima! tan niño y encerrarse. — Otra: — ¡Qué gracia! y tan muchacho. — Otra: — ¿Qué no se acordará usted de mí? — Otra: — ¿A qué no profesa usted? — Esta: — Yo no creo que usted sea bueno para fraile siendo tan muchacho, no feo y con tantas gracias. — Aquella: — ¿Bailador y fraile? vamos, yo no lo creo. — Y así todas, y cuando se ofrecía proferir algunos cuentecillos y palabritas obscenas (que se ofrecían á cada paso), saltaba alguna muchacha burlona con la frialdad de: — ¡Ay, niña! *¿quién dice eso? Cállate, no perturbes al siervo de Dios.*

Sin embargo de todas estas bufonadas, yo me divertía todo lo posible por despedida. Hacía orejas de mercader y bailaba, tocaba el bandolón, platicaba, seducía y hacía cosas que son mejores para calladas. Tales fueron los ejercicios preparatorios en que me entretuve en los ocho días precedentes á mi frailazgo. Así salió ello.

No contento con la libertad que tenía en la calle hasta las ocho de la noche (que hasta esa hora se le extendió la licencia al religioso *in fieri*, ó por ser), ni satisfecho por las holguras que me proporcionaba mi maestro Pelayo, mi genio festivo y la facilidad de las damas que visitábamos, todavía aspiraba á seducir á Poncianita, la hija de don Martín, el de la hacienda, que frecuentaba mi casa diariamente; mas la muchacha era virtuosa, discreta y juguetona. Conocía bien mi carácter, y me tenía por lo que era; esto es, por un joven calavera y malicioso, pero tonto en la realidad; y así á todos los mimos y sorroclocos que yo le hacía, me contestaba con mucho agrado, pero también con mucha variedad, y siempre haciéndome ver que me quería. Con esto yo, más bobo y malicioso que ella, pensaba lograr alguna vez la conquista; pero ella, más honrada y viva que yo, pensaba que esta vez jamás llegaría, como en efecto jamás llegó.

Un día le dí yo mismo una esquelita que decía una sarta de tonteras y requiebros, y remataba asegurándole de mi buena voluntad, y que si yo no hubiera de entrarme religioso, con nadie me casaría sino con ella. Por aquí se puede conocer muy bien lo que yo era, y cómo es compatible la ignorancia suma con la suma malicia; pero lo más digno de celebrarse es la chusca contestación de ella á mi papel, que decía: «*Señorito:*

*agradezco la buena voluntad de usted, y si pudiera la correspondería, pero estoy queriendo bien á otro caballero, que si esto no fuera, con nadie me casaría yo mejor que con usted, aunque sacara dispensa. Dios le haga buen religioso, y le dé ventura en lides. — La que usted sabe.»*

No puedo ponderar bien las agitaciones que sentí con esta receta. Ella me enceló, me enamoró y me enfureció en términos que esa noche, que fué la víspera de mi entrada, apenas pude dormir. ¿Qué tal sería el alboroto de mis pasiones? Pero por fin, amaneció, y con la vista de otros objetos fué calmando un poco aquel tumulto.

Llegó la tarde; me despedí de mi madre, tías y conocidas, á quienes abracé muy compungido, sin descuidarme de hacer la misma ceremonia con la dómina Poncianita, la que correspondió mi abrazo con bastante desdén, como que estaba presente su madre, y no me quería como me significaba.

Acabada la tanda de abrazos, lágrimas y monerías, nos fuimos para el convento, mi padre, yo, mis tíos y una porción de convidados que iban á ser testigos de mi hipocresía.

Luego la suerte (adversa para mí) presagió mi desventura, en mi concepto; porque el silencio con que íbamos y la larga serie de coches que seguía el nuestro,

representaba bien un duelo, y cuantos nos miraban en la calle no pensaban otra cosa. En efecto, á mí y á mis padres se nos podía haber dado el pésame con justicia.

Llegamos á San Diego; se avisó al padre provincial, quien nos recibió con su acostumbrado buen carácter, y montando en el coche en que yo iba con mi padre, nos dirigimos á Tacubaya, donde está el noviciado de San Diego.

Luego que nos apeamos á la puerta del convento, se dispusieron todas las cosas, y fuímos al coro, donde se celebró la función. Tomé el hábito, pero no me desnudé de mis malas cualidades; yo me ví vestido de religioso y mezclado con ellos, pero no sentí en mi interior la más mínima mutación; me quedé tan malo como siempre, y entonces experimenté por mí mismo que *el hábito no hace al monje*.

Despidióse mi padre de mí y de aquella venerable comunidad, hicieron lo mismo los demás, y Juan Largo me dió un grande abrazo, á cuyo tiempo le dije: — No dejes de venir á verme. — Él me lo prometió; se fueron todos, y me quedé yo solo y curtido entre los frailes, y como suele decirse, rabo entre piernas y como perro en barrio ajeno.

Inmediatamente comencé á extrañar lo áspero del sayal. Llegó la hora del refectorio, y me disgustó bas-

tante lo parco de la cena. Fuíme á acostar, y no hallaba lugar que me acomodara; por todas partes me lastimaba la cama de tablas, y como nunca me había dado una ensayadita en estas mortificaciones, ni de chanza, se me asentaban demasiado.

Daba vueltas y más vueltas, y no podía dormir pensando en Poncianita, en la *Zorra*, en la *Cucaracha* y en otras iguales sabandijas, y me arrepentía sinceramente de mi determinación; renegaba del apoyo que hallé en Pelayo, y me daba al diablo juntamente con la esquila de recomendación que tan breve me había facilitado mi presidio, que así nombraba yo mi nuevo estado; pero él no tenía la culpa, sino yo, que no era para él.

— ¿No soy buen salvaje y majadero, me decía yo mismo, en haberme condenado por mi propia voluntad á esta cárcel tan espantosa y á esta vida tan miserable? ¿Qué caudales me he robado? ¿Qué moneda falsa he fabricado? ¿Qué herejías he dicho? ¿Qué casa he incendiado? ¿Ni qué crimen atroz he cometido para padecer lo que padezco? ¿Quién diablos me metió en la cabeza ser fraile, sólo por librarme de ser aprendiz ó soldado? En cualquiera de estos dos ejercicios me la pasara yo mejor seguramente, porque comiera cuanto pudiera hasta hartarme, y lo que se me diera la gana; me pusiera camisa más que fuera de manta; durmiera en colchón, si lo tenía, y hasta que se me antojara el día que